
Piratas sin pata de palo

*Los piratas y sus voceros deberían reflexionar:
el caos siempre ha favorecido a los poderosos.
Si el Estado de derecho no logra contenerlo,
las consecuencias serán letales.*

AGUSTÍN DÍAZ YANES

Decía el maestro Antoñete que la peor corrida no era la que se suspendía por las inclemencias del tiempo, ni aquella en la que pasabas más miedo de lo normal, ni en la que pegabas un petardo y desatabas las iras del público, ni tan siquiera aquella en la que resultabas herido; la peor corrida para el genio del mechón blanco era la que toreabas y no cobrabas. A estas sabias palabras añado un pensamiento mucho más banal de mi propia cosecha: nada ni nadie puede competir con el gratis total. Ninguna bajada de precio por radical que sea del coste de un libro, un disco, o una entrada de cine, servirá para nada si ese mismo libro película o canción pueden obtenerse gratis, sin riesgo físico alguno, y, en el caso de España, con un mínimo riesgo de sanción administrativa.

Parece claro que apelar a la bondad o al civismo de los humanos para que paguen por lo que pueden obtener gratis es ilusorio y estúpido, y entra en contradicción con lo que lo más destacados pensadores han

escrito sobre las pasiones humanas. Además, también entra en contradicción con nuestra experiencia vital. Todos, o casi todos, hemos robado un libro o un disco, nos hemos colado en el autobús o el metro, y le hemos sisado dinero a nuestros padres. Y todos, o casi todos, hemos buscado una razón ideológica para justificar nuestros hurtos, grandes o pequeños. Así pues, creo que todos los intentos que hagamos para intentar convencer a los mal llamados piratas informáticos —su semejanza con los piratas clásicos (Morgan, el Olonés) es similar a la que guarda el 15 M con la CNT-FAI— de que cesen en su actividad caerán en saco roto. Nuestros argumentos siempre chocarán contra un muro de indiferencia, resistencia ideológica o, simplemente, de comodidad. La única barrera posible es la Ley, tal y como han demostrado países a los que nos gusta poner como ejemplo en otros asuntos. Y sin embargo...

Sin embargo, la ley no ha funcionado ni funcionará en España. En primer lugar porque es más que tímida y de muy difícil aplicación. En segundo lugar, porque llega demasiado tarde y a trancas y barrancas—de lo cual tiene máxima culpa los sucesivos gobiernos que jamás se han tomado el problema en serio. Y en tercer lugar, porque una gran parte de la población española la considera injusta, o debido a su ineficacia, no le presta la menor atención. Todas estas razones y algunas más —históricas y culturales— nos han llevado a ser el país con más descargas ilegales de Europa. Adelanto que no tengo solución alguna al problema, y que no me gustaría que pasaran por los juzgados y la cárcel los infractores. Entre ellos estarían una buena parte de mis conocidos y algunos miembros de mi familia. Ni, por supuesto, quiero que se acabe el intercambio de archivos y conocimientos en Internet. Sólo me gustaría discutir algunas de las ideas que constantemente te lanzan a la cara en cenas y reuniones, e incluso en el ascensor de tu casa, en cuanto saben que te dedicas al cine o la literatura. Lo hago con desesperanza —gente mucho más inteligente que yo lo ha hecho ya sin resultado alguno—, y con la absoluta seguridad de que no voy a convencer a nadie.

- La primera idea, y la más extendida por foreros y comentaristas, es la que dice que la cultura es un bien común, un patrimonio de la huma-

nidad, y, que por tanto, especialmente en el campo minado de un DVD, una entrada a una discoteca. Cada uno de nosotros me gustaría matizar —extraordinaria posibilidad de ser más libres y mejor poder por votación

Me conmueve y de las bondades que la tan promovida que el dinero juegan fin y al cabo, todo en literatura tenemos

Y si es una industria recibir por ley la ayuda de los autores que el resto de las industrias verdaderamente nuestra atención. Imagínense que gratis por Internet humanidad, y especialmente películas, libros muchos puntos e derechos de autor rapaces y usureros desalmada. A su vez, los materiales o las comp

Está mas que no porque no queda todavía nadie por las gratis mient

nidad, y, que por tanto, debe estar al alcance de todos de manera gratuita, especialmente para los más desfavorecidos que son los que más se beneficiarán *urbi* y *el orbi* de la gratuidad de la cultura. No entraré en el campo minado de la comparación entre los “abusivos” precios de un DVD, una entrada de cine o un libro, y el precio de una copa en una discoteca. Cada uno se gasta su dinero en lo que quiere. Sí, en cambio, me gustaría matizar que la cultura está muy sobrevalorada. La idea –extraordinaria pero errónea–, de que la cultura nos hará ciudadanos más libres y mejores se la cargó para siempre Hitler cuando accedió al poder por votación popular en la muy educada y culta Alemania.

Me conmueve y también me irrita que se piense tan beatíficamente de las bondades de la cultura, cuando ya todos deberíamos saber que la tan promocionada cultura no es más que una industria en la que el dinero juega un papel tan importante o más que en otras. Al fin y al cabo, todos los que nos dedicamos a la música al cine o a la literatura tenemos también que pagar nuestras facturas.

Y si es una industria, que lo es, los integrantes de la misma deberían recibir por ley la misma consideración por parte de nuestros consumidores que el resto de las industrias. Y ya puestos a hablar sobre industrias verdaderamente necesarias para la humanidad, ¿porqué no fijar nuestra atención en la industria de alimentos o en las farmacéuticas? Imagínense que los alimentos o los medicamentos pudieran bajarse gratis por Internet. ¿No sería esto mucho más beneficioso para la humanidad, y especialmente para los más desfavorecidos, que bajarse películas, libros o canciones?. Y, además estas dos industrias tienen muchos puntos en común con la industria cultural: también tienen derechos de autor –las patentes–, y están gobernadas por corporaciones rapaces y usureras que sobreprecian sus productos de forma abusiva y desalmada. A su lado, los grandes estudios cinematográficos las editoriales o las compañías discográficas son hermanitas de la caridad.

Está mas que claro que los piratas no hacen daño a estas industrias no porque no quieran, si no porque no pueden. Porque a día de hoy, todavía nadie puede bajarse un kilo de patatas o una caja de aspirinas gratis mientras está cómodamente sentado en su casa. Si alguien

desea o necesita uno de esos productos gratis tendrá que entrar en un supermercado o en una farmacia y robarlos. Y, por supuesto, atenerse a las consecuencias.

Por tanto, no me convence mucho la idea de que las descargas ilegales responden a un posicionamiento valiente en contra de la maldad de las grandes corporaciones, o a un deseo vehemente de que la cultura esté al alcance de todos. En mi opinión, responden al hecho mucho más simple de que el entretenimiento cultural nos proporciona un gran placer y llena nuestro ocio a cero euros. Una idea interesante y tentadora. Tan tentadora que no hace falta revestirla de ningún ropaje ideológico. ¿Para qué? De ahí que la piratería se parezca cada vez más al matrimonio, que como muy bien decía Bernard Shaw es muy popular porque combina el máximo de tentación con el máximo de oportunidad.

■ La segunda idea, mucho más técnica e insensata por estar avalada por economistas y tertulianos, es la que dice que dado que vivimos en una economía de libre mercado y en una era de revolución tecnológica, la industria cultural tiene que modernizarse y cambiar su estructuras para adecuarse a las leyes de dicho mercado. Es algo que está ocurriendo –te repiten– en muchos otros sectores. Sí, de acuerdo. Pero, con una pequeña objeción: la industria cultural está reorganizándose no bajo las presiones del mercado legal, sino por las presiones de un mercado ilegal. De ahí, que los países más cohesionados –el americano, el francés el alemán o el británico– están tratando con mayor o menos éxito de poner diques a la debacle. Algo, que por supuesto, el Estado español ni ha contemplado, ni contempla, a día de hoy.

Los piratas y sus voceros deberían reflexionar sobre la tragedia que nos ha caído encima por la falta de regulación del sector bancario y financiero tan avanzado tecnológicamente. El caos casi nunca favorece a los más pobres ni a los más necesitados. Históricamente siempre ha favorecido a los poderosos. Esto lo entendieron bien políticos como Roosevelt que sabía muy bien –a pesar de sus orígenes patricios– la necesidad de que el Estado cumpliera su función de contrapeso. Y bien que tuvo que pelear para conseguirlo, porque como muy bien escribe

Azúa: “cualquier forma de ‘verdad’ es el nihilismo en destruir todos los valores”.

Los resultados de la destrucción de los valores: destrucción de los valores, crecimiento masivo de la corrupción, menos en mi sector: corrupción. Desde órganos de control en aras de la revolución, o bajísimo presupuesto. Por supuesto, que una película como quien hacer dos consideraciones lo contrario, la economía, no puede funcionar (Martin Ford, *The* la malas– dan trabajo películas, por muy producción. Aunque estas tal y como nos rep todo cuando en US matografías muchos sus espectadores– presupuesto. Como necesidad virtud, es un pensamiento muchos ejemplos de los mejores directores de las mejores películas. Pero era Rosselli

■ La tercera objeción a los derechos de autor es la obra, ¿porqué es

Azúa: “cualquier forma de poder es incompatible con el mercado, cuya ‘verdad’ es el nihilismo en estado puro. El mercado trabaja y se esfuerza en destruir todos los poderes que se encuentra en su camino.”

Los resultados de la dejación del Estado español ya los conocemos: destrucción de cientos de miles de puestos de trabajo, empobrecimiento masivo de los llamados creadores, etc. Pero, además, por lo menos en mi sector: el cine, ha dado lugar a paradojas interesantes. Desde órganos de comunicación muy respetables se jalea y se anima en aras de la revolución tecnológica y económica las películas de bajo o bajísimo presupuesto y filmadas con equipo técnicos muy reducidos. Por supuesto, que nada hay que objetar a que cada uno haga una película como quiera y como pueda, faltaría más. Pero, sí me gustaría hacer dos consideraciones. La primera: que hasta que se demuestre lo contrario, la economía de libre mercado, tal y como hoy la conocemos, no puede funcionar sin un mercado de trabajo viable y visible (Martin Ford, *The Lights in the Tunnel*). Las películas –las buenas y la malas– dan trabajo a mucha gente. Su sustitución masiva por mini películas, por muy buenas que sean, no parece que sea una gran solución. Aunque estas películas sean valientes, arriesgadas y necesarias, tal y como nos repiten una y otra vez en periódicos y tertulias. Sobre todo cuando en USA y en Francia –por poner dos ejemplos de cinematografías mucho menos golpeadas por la piratería y el desapego de sus espectadores– se siguen haciendo películas de gran, medio y bajo presupuesto. Como siempre. La segunda: Está muy bien hacer de la necesidad virtud, pero sin pasarse en el entusiasmo. Sí, ya sé que este es un pensamiento muy poco moderno y algo conservador y que hay muchos ejemplos en contra de mis tesis. Por ejemplo, Rossellini –uno de los mejores directores de la historia– rodó *Roma Città Aperta* –una de las mejores películas de la historia– con un presupuesto bajísimo. Pero era Rossellini y tenía a Anna Magnani.

■ La tercera objeción, y quizá la más agresiva, es la referente a los derechos de autor. El autor –se nos dice– ya cobra cuando vende su obra, ¿porqué entonces los derechos de autor? Simple y llanamente

porque es una forma de proteger a los autores de las felonías de sus contratadores. Porque antes de que existieran los derechos de autor los empresarios de la cultura a cambio, en la mayoría de los casos, de un pago exiguo se quedaban en propiedad la obra del autor por los siglos de los siglos. Sin que este, aunque su obra fuera un best-seller de la época, ganara un céntimo con ella.

Por eso coincido con Javier Marías cuando escribe: “Ir en contra de esos logros —los derechos de autor y el *copyright*— es lo más reaccionario que quepa imaginar, tanto como ir contra la jornada de ocho horas y pretender que los trabajadores vuelvan a deslomarse durante doce o catorce horas como en los tiempos de Dickens.” Si en relación al libro, el ya citado Marías ha explicado con datos la ínfima cantidad que le deviene a un autor por la venta de sus libros, en el cine la cuestión es más peliaguda. Puesto que hacer una película, distribuirla, publicitarla y exhibirla es mucho más caro que escribir un libro o grabar un CD, los sueldos del cine son en general muchísimo más altos que en las otras actividades. Por lo tanto crean mayor rencor social. Ya lo intuía H. Mankiewicz cuando escribió su famoso telegrama a Ben Hetch —novelista y dramaturgo de escaso éxito en Nueva York—: “Vente a Hollywood, aquí se pueden ganar millones y tus únicos competidores son unos idiotas.”

En el caso del cine español se añaden dos circunstancias que hacen que la ira de los internautas y piratas haya desbordado todas las previsiones. La primera, es que casi la totalidad de las películas españolas reciben subvención del Estado (por cierto como las francesas, las inglesas y las americanas. Y la segunda —pero no menos importante—, la existencia de la SGAE, que debido a su pésima gestión de los derechos de autor y a operaciones financieras de —siendo muy benignos— dudosa legalidad se ha convertido en objeto de indignación de internautas y comentaristas. Una indignación para mi sorpresa mucho mayor que la que han levantado el FMI, la CEOE o los sueldos de los banqueros, y que sólo guarda parangón con la indignación que levantan los sindicatos, sobre todo si uno de sus líderes después de encabezar una manifestación se toma una cerveza. Qué cosas.

Aclaro que p
hace unos años
SGAE al estar
damos otra soc
Pero, en lo que
autor. Estos, co
—para castigarl
los que nos de
cificar la tiranía
cada sector. Su
quiera hacer un
Tanto como la c
antimodernos q
que nos resulte
junto, que qued
que cualquiera

La piratería
anti-sistema, p
el caos— sigue p
consecuencias e
de Javier Marías
pliéndose, y la u
vez que desapar
las financia, sea
modelo soviético

Pero, antes de
lea y hagamos c
escribe sin cobra

Aclaro que participo de muchas de las críticas a la SGAE. Tanto que hace unos años (más de diez) un grupo de colegas nos marchamos de la SGAE al estar en completo desacuerdo con su forma de actuar y fundamos otra sociedad de gestión más modesta y con las cuentas claras. Pero, en lo que no estoy de acuerdo es en los ataques a los derechos de autor. Estos, con independencia de la maldad de los que lo gestionan –para castigarlos está la ley– han significado una mejora evidente para los que nos dedicamos a la creación artística y han servido para dulcificar la tiranía económica, cuando no el robo, de los mandamases de cada sector. Su desaparición sería una catástrofe para cualquiera que quiera hacer un película, escribir una novela o componer una canción. Tanto como la desaparición de los sindicatos –por muy burocráticos o antimodernos que sean–, o del derecho a la huelga –por muy molestas que nos resulten– serían una catástrofe para los trabajadores en su conjunto, que quedarían a merced de los patronos con las consecuencias que cualquiera que haya leído un poco de historia conoce muy bien.

La piratería puede ser muchas cosas: divertida, reconfortante, anti-sistema, pero si el Estado de derecho –la última barrera contra el caos– sigue permitiendo su expansión como ocurre en España, las consecuencias en poco tiempo serán letales. Tanto que la “profecía” de Javier Marías (“Y los robos presentes,” *EPS*) puede estar ya cumpliéndose, y la única solución para la supervivencia de la artes una vez que desaparezca –ahogado por la piratería– el sector privado que las financia, sea que el Estado se haga cargo de ellas y vayamos a un modelo soviético, o en el mejor de los casos mexicano.

Pero, antes de que esto ocurra es saludable que sigamos en la pelea y hagamos caso al consejo del Doctor Johnson: “El escritor que escribe sin cobrar es un zoquete.”



AGUSTÍN DÍAZ YANES ES DIRECTOR DE CINE, GUIONISTA Y NOVELISTA. AUTOR DE *SIMPATÍAS POR EL DIABLO*.